

1. SOBRE COSAS ENCERRADAS EN PIEDRAS Y HUESOS DE GIGANTES

En el Tratado segundo del *Libro de cosas curiosas* de Torquemada leemos lo siguiente:

Isabel Colón Calderón

Universidad Complutense de Madrid

Antes de hablar de las cosas encerradas y metidas en estas mismas piedras algunas cosas que, por ser diferentes de su propiedad y condición, pertenecen en el mismo ser y sustancia que se lesen. ¿Queréis mejor entender? Ved aquella piedra que está en el jardín, la cual hizo poner allí el conde don Alonso para que todos la viesen por cosa de maravilla, que con ser harto dura y maciza, tiene en medio de sí un hueso grande que parece ser cenida de algún animal, que, estando debajo de la tierra aquella piedra, la abrazó consigo, y creciendo, la dejó en el medio, adonde fue hallada al tiempo que la piedra se labraba; y de que aquel sea hueso y no piedra (como algunos muy queridos decir), no hay qué dudar, que yo mismo he hecho la experiencia de ella.

Benito. Yo lo he visto y mirado muy bien, y con eso y con lo que me habéis dicho, quedo bien satisfecho.

Parece que están hablando de fósiles, de lo que ahora llamamos fósiles,¹ aunque los términos empleados nos llevan al mundo de lo sorprendente ("cosa de maravilla"), y nos resultan poco científicos. Sin embargo, la descripción es bastante precisa y se atiene a lo evidente: Antonio explica que la unión entre la piedra y el hueso se ha producido debajo de la tierra ("estando debajo de la tierra") y para explicar el resultado simplemente dice que "la abrazó

¹ Torquemada, *Libro de cosas curiosas*, ed. Giovanni Allegre, Madrid, Castalia, 1983, pp. 263-4. Tratado segundo.

² La palabra "fósil" en el sentido actual lo documenta Covarrubias en 1617 (José Covarrubias, *Thesoro de las lenguas castellanas*, Madrid, Gredos, 1977, p. 279 a). "Fósil" se refiere a todo lo que queda debajo de la tierra. Para el proceso de fosilización, Bernardo Malinca, *Fosilización*, Madrid, Poesía, 1962, I, pp. 4 y ss.

1.- Sobre cosas encerradas en piedras

En el Tratado segundo del *Jardín de flores curiosas* de Torquemada leemos lo siguiente:

Antonio. Y así, muchas veces se ha visto quedar encerradas y metidas en estas mismas piedras algunas cosas, que, por ser diferentes de su propiedad y condición, permanecen en el mismo ser y sustancia que tenían. ¿Queréislo mejor entender? Ved aquella piedra que está en el jardín, la cual hizo poner allí el conde don Alonso para que todos la viesan por cosa de maravilla, que con ser harto dura y maciza, tiene en medio de sí un hueso grande que parece ser canilla de algún animal, que, estando debajo de la tierra aquella piedra, la abrazó consigo, y creciendo, la dejó en el medio, adonde fue hallada al tiempo que la piedra se labraba; y de que aquél sea hueso y no piedra (como algunos han querido decir), no hay qué dudar, que yo mismo he hecho la experiencia de ello.

Bernardo. Yo lo he visto y mirado muy bien, y con eso y con lo que me habéis dicho, quedo bien satisfecho.¹

Parece que están hablando de fósiles, de lo que ahora llamamos fósiles,² aunque los términos empleados nos llevan al mundo de lo sorprendente (“por cosa de maravilla”), y nos resultan poco científicos. Sin embargo, la descripción es bastante precisa y se atiene a lo evidente: Antonio explica que la unión entre la piedra y el hueso se ha producido debajo de la tierra (“estando debajo de la tierra”) y para explicar el resultado simplemente dice que “la abrazó

¹ Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, ed. Giovanni Allegra, Madrid, Castalia, 1982, pp. 203-4, Tratado segundo.

² La palabra “fósil” en el sentido actual la documenta Corominas en 1817 (Joan Corominas, *Breve Diccionario Etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1967², p. 279 a). “Fossilis” significaba todo lo que estaba debajo de la tierra. Para el proceso de fosilización, Bermudo Meléndez, *Paleontología*, Madrid, Paraninfo, 1982³, I, pp. 4 y ss.

consigo, y creciendo, la dejó en el medio”, sin aludir a ninguna fuerza más o menos desconocida³, insiste en que se trata de hueso y no de una configuración caprichosa de la naturaleza (“permanecen el mismo ser y sustancia que tenían; “de que aquel sea hueso y no piedra”); por otro lado, a la hora de determinar el tipo de hueso se muestra cauto: “que parece ser canilla de algún animal”, sin que indique de qué animal se trata, ni haga ninguna alusión al tamaño del hueso, ni a la posibilidad de que fuese de ser humano, como si quisiera separarlo de otros objetos curiosos, los huesos de gigantes, a los que luego me referiré.

Lo que describe Torquemada (bloque que contiene un fósil) es una situación que se comprueba en la realidad, en distintos tipos de formaciones pétreas. Georges Cuvier en sus *Recherches sur les ossemens (sic) fossiles* dio cuenta de varios hallazgos parecidos al del Jardín y se puede ver la reproducción de similares configuraciones de fósiles en diversas publicaciones⁴.

Torquemada apela a lo que él conoce (“yo mismo he hecho experiencia de ello”). La afirmación puede responder a la verdad, aunque no podemos olvidar que era un recurso para convencer, que se podía utilizar siempre que se hablara de cuestiones extraordinarias; pero, en este caso, además, le sirve al escritor para oponerse al sistema empleado por Mexía, como veremos más adelante⁵. Para apoyar la veracidad de su información recurre a una figura real, “don Alonso”; se trata de Antonio Alfonso de Pimentel y Herrera, sexto conde de Benavente, a cuyo servicio estuvo Torquemada muchos años⁶; es bien conocida la afición de los condes de Benavente por el coleccionismo, así como el gusto por el cuidado de sus casas y jardines en Benavente y Valladolid, según dieron cuenta los viajeros por España⁷; no tendría nada de extraño entonces que tuviese ese bloque de piedra en su jardín⁸.

³ Sobre las teorías de las supuestas fuerzas que conseguirían esa situación, B. Meléndez, *Paleontología*, I, p. 38.

⁴ Georges Cuvier, *Recherches sur les ossemens (sic) fossiles* [1812], Paris, Edmond d'Ocagne, 1834⁴, T. II, pp. 363, 443 y 475-6. Se pueden ver configuraciones parecidas en VVAA., *El origen de la vida sobre la tierra* (edición especial de National Geographic Society, España), Barcelona, RBA, 2002. Múltiples ejemplos en B. Meléndez, *Paleontología*, 2, Madrid, Paraninfo, 1986², pp. 159, 266, etc. Sobre el proceso de extracción fósil de la materia en la que se encuentra encerrado, Karl Beurlen y Gerhard Lichter, *Fósiles*, Barcelona, Blume, 2001, pp. 32-33.

⁵ Johnston considera libresco el saber de Torquemada (Mark D. Johnston, “La retórica del saber en el *Jardín de flores curiosas* de Torquemada”, en *Journal of Hispanic Philology*, 3, 1-3(19778-9), pp. 69-85; al igual que Sánchez García, aunque esta última investigadora matiza sobre la actitud de los interlocutores ante esa materia, Encarnación Sánchez García, “*Jardín de Flores curiosas*: perfección formal y ambigüedad ideológica”, en *Annali. Sezione Romanza*, XL, 2(1998), pp. 366-7 y ss.

⁶ G. Allegra en A. de Torquemada, *Jardín*, p. 14.

⁷ Sobre la fortaleza de Benavente y sus jardines, Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal* (1494-5), Nota introductoria de Ramón Alba, Madrid, Ediciones Polifemo, 1991, pp. 209-211; sobre las posesiones

En todo caso, era una muestra de lo que ocurría en la época; se describía de formas diversas el proceso de fosilización y de los fósiles, se buscaban explicaciones para su existencia, se utilizaban para remedios supuestamente médicos, en la cosmética, o como adornos en bibliotecas y casas, y se coleccionaban. Se podían clasificar entre “mentiras de la Naturaleza”, “maravillas”, o “piedras”, pero hubo autores que se admiraron de sus configuraciones y que reconocieron su condición orgánica. Las actividades médicas, de cantería, de minería, o la fabricación de objetos de cerámica (como es el caso en el XVI del francés Bernard de Palissy⁹) propiciaron en toda Europa el acercamiento a los fósiles¹⁰.

Recogeré aquí algunas de las observaciones que se hicieron en los Siglos de Oro sobre los fósiles.

Andrés Laguna consideró que la fosilización se producía debido a varias condiciones:

Suelen empedernecer y hazerse piedra muchas vezes las plantas, los animales, y todas aquellas cosas que siendo en sí muy porosas, estuvieron sepultadas mucho tiempo debaxo de tierra. Porque como reciban en sus concavidades y poros el liquor o materia petrífica, viénense a endurecer, y a encorporar con ella y así se veen ordenariamente en Venetia algunos huessos y troncos petrificados, de los quales yo tengo para muestra algunos pedaços¹¹.

Al repasar los objetos mencionados por Morán y Checa en *El coleccionismo en España* surgen, por ejemplo, “raíz de árbol petrificada”, “animales congelados en piedras finísimas”, “cristal congelado dentro del cual había una lagartija”, “helecho fósil”, etc., que apuntan a distintos fósiles, algunos probablemente integrados en ámbar¹².

en Valladolid, Andrés Navagero, *Viaje por España* (1524-1526), ed. Antonio María Fabie y Ángel González García, Madrid, Turner, 1983, p. 76; así como Tomé Pinheiro da Veiga, *Fastiginia. Vida cotidiana en la corte de Valladolid*, ed. Narciso Alonso Cortés, Valladolid, Ámbito, 1989, p. 294, y Bartolomé Bennasar, Valladolid en el Siglo de Oro, Valladolid, Ámbito, 1989, p. 119, etc.

⁹ Miguel Morán y Fernando Checa, *El coleccionismo en España*, Madrid, Cátedra, 1985, pp. 26-7, 147 y 233. Sobre el jardín, Leonardo Romero Tobar, “El arte del diálogo en los *Colloquios satíricos de Torquemada*”, en *Edad de Oro*, III(1984), pp. 251 y 243, nota 6. Torquemada pudo reflejar el jardín de los Benavente en *Colloquios satíricos*, Mondoñedo, 1553, f. 532 b.

¹⁰ Puede verse, por ejemplo, Bernard de Palissy, *De l'agriculture, en Des quatre traités de Bernard de Palissy, en Oeuvres*, ed. Faujas de Saint Foud et Gobet, Paris, Ruault, 1777, p. 529, etc., y *Des pierres, en De l'art de terre, de son utilité, des émaux et du feu, en Oeuvres*.

¹¹ Bermudo Meléndez, *Orígenes de la Geología*, 1990, p. 18.

¹² Andrés Laguna, *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*, Madrid, Instituto de España, II, 1969, p. 525 (Libro V, cap. XLVIII, Cadmia); sobre la fosilización en Laguna, Guadalupe de Marcelo Rodao y Andrés Díez Herrero, “Aportaciones de Andrés Laguna a la mineralogía renacentista”, en VVAA., *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista*, ed. Juan Luis García Hourcade y Juan Manuel Moreno Yuste,

Eran apreciados como decoración de las bibliotecas; Juan Paéz de Castro, por ejemplo, dirigió un memorial a Felipe II sobre la creación de una “Librería real”, en la que, a imitación de otras, podrían hallarse: “Cosas naturales maravillosas, como partes de animales estraños, y peces, y árboles hechos piedra [...]”¹³; las “partes de animales estraños, y peces” no son necesariamente elementos fosilizados, pero sí lo parecen con mayor certidumbre esos “árboles hechos piedras”.

Los gabinetes de la época y cámaras de maravillas acogieron indudablemente fósiles; aparte del conde de Benavente hay que referirse a Vicencio Juan de Lastanosa, de cuyas colecciones se conservan inventarios y elogios. Según un índice de 1635 en su biblioteca había “una piedra capino o serpentina, esculpida en ella de relieve un sapo: maravillosa cosa.”¹⁴, y en el mismo lugar: “Muchas mentiras de la Naturaleza, como son animales, frutas, caracoles, hongos, monedas, conchas, miembros humanos, tortugas y otros muchos embelecados criados o contrahechos por la Naturaleza. Son de piedra”.¹⁵

Es evidente que es imposible determinar hasta qué punto todos los objetos reseñados eran realmente fósiles; hay hojas, conchas, tortugas, y ranas fósiles, y ciertos fósiles podían interpretarse como otras cosas¹⁶, pero, en principio, las monedas no pertenecen al mismo orden de cosas, aunque en el pasado eran consideradas en ocasiones entre los *fossilia*¹⁷; además hay configuraciones pétreas en las que se han producido filtraciones que semejan helechos, sin que se trate realmente de fósiles, con lo cual Lastanosa podría tener efectivamente

Valladolid, Junta de Castilla y León, 2001, p. 375.

¹² M. Morán y F. Checa, *El coleccionismo*, pp. 91, 93, 199, 203.

¹³ Juan Páez de Castro, *Memorial a Felipe II sobre la utilidad de juntar una buena biblioteca*, ed. Gonzalo Santonja, Junta de Castilla y León, 2003, p.73.

¹⁴ Reproducido en R. Arco y Garay, *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Lastanosa*, Madrid, Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, 1934, p. 201. El helecho fósil y el cristal citados antes se encontraban entre las posesiones de Lastanosa. Sobre las descripciones del mecenas de Gracián puede verse también Alfredo Aracil, *Juego y artificio. Autómatas y otras ficciones del Renacimiento a la ilustración*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 183 y nota.

¹⁵ R. Arco y Garay, *La erudición aragonesa*, p. 203.

¹⁶ VVAA., *El origen de la vida sobre la tierra*, p. 55, etc. J. A. S. Gómez Alba, *Guía de campo de los fósiles de España y de Europa*, Barcelona Omega, 1988, pp. 688-91 (tortugas), pp. 160 y ss. (moluscos bivalvos y gasterópodos), p. 685 (rana), pp. 2 y ss. (talofitas, plantas vasculares, espermatofitas); hay poríferas que parecen hongos, pp. 48 y ss., y el fósil *Parascutella leognanensis* (perteneciente a los *Echinodermata-Echinoidea*), podría interpretarse una piedra con una flor dentro, p. 612; por otro lado, puede que en el inventario se presente como “caracoles” lo que podría ser algún *ammonites*. Sobre un tipo de anfibios, los *Anura*, que siguen existiendo casi todos en la actualidad, B. Meléndez, *Paleontología*, 2, pp. 204-6.

¹⁷ Ya el anotador del XVIII de Palissy, Saint Foud, señalaba que no había monedas como fósiles, sino que eran propiamente fósiles marinos; Bernard Palissy, *De l'Agriculture, en Des quatres traités de Bernard de Palissy, en Oeuvres*, p. 534.

fósiles o, por el contrario, alguno de esos fragmentos. En todo caso, la actitud es distinta a la que hemos visto en Torquemada, que procura definir con los términos y conocimientos de que dispone aquello que tiene delante e insiste en que se trata realmente de un hueso, y no de “embelecocos criados o contrahechos”.

Las actividades mineras de los Siglos de Oro facilitaron, por otro lado, el descubrimiento de lo que se encontraba bajo la tierra, y de ello hablaron los escritores.

Quiero detenerme en uno de esos escritores, Álvaro Alonso Barba. Alonso Barba, como fruto de sus experiencias en Potosí, publicó un *Arte de los metales*; el autor explica en su libro los cambios que él introdujo en el proceso de refinamiento de la plata por medio del azogue (la amalgamación en caliente)¹⁸. Según se desprende de las precisas descripciones que ofrece, Alonso Barba encontró probablemente una serie de fósiles; acudiendo entonces a su experiencia, y a veces a lo que le han contado, habla de “piedras que representan animales o sus partes, o pedazos [...] por relieve, y no por dibujo solo”, así como de “árboles enteros, partes y huesos de animales, convertidos en durísimo pedernal”, se detiene en piedras con figuras de sapos, mariposas, y en “otras más extraordinarias, que por serlo tanto y no escandalizar con su novedad, no las refiero”¹⁹; se demora en lo que parece ser algún tipo de molusco bivalvo,²⁰ las “conchites”²¹, nombre según él antiguo, y que eran: “un género de piedras que muy al vivo representaba en sus delineaciones las conchas de la mar”, las cuales detalla inmediatamente, de modo que da la impresión de que ha visto tanto fósiles

¹⁸ Manuel Castillo Martos, “Bartolomé de Medina: Un moderno de la metalurgia argentífera en la revolución tecnológica del XVI” en VVAA., *Andrés Laguna*, pp. 340 y 342; puede verse también sobre el azogue, Mervyn Lang, “La minería americana en la época de Felipe II”, en VVAA., *Andrés Laguna*, pp. 353-62.

¹⁹ Sigo una reedición, probablemente del XVIII, pero con aprobación de 1639; Álvaro Alonso Barba, *Arte de los metales...nuevamente ahora añadido con el tratado de las antiguas minas de España*, que escribió Don Alonso Carrillo y Laso, Madrid, Oficina de la Viuda de Manuel Fernández, a costa de Manuel de Godos, [s. a.], pp. 31-2, p. 23, p. 33. Esas piedras de formas extrañas que no menciona para no escandalizar podrían ser similares a las “piedras a manera de turma”, que recoge Anastasio Rojo Vega (*El Siglo de Oro. Inventario de una época*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996, p. 326 a.); o también los llamados “histerolitos”; véase Stephen J. Gould, “De qué manera la piedra vulvar se convirtió en un braquiópodo”, en *Las piedras falaces de Marrakech*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 63-81.

²⁰ K. Beurlen y G. Lichter, Fósiles, pp. 60 y ss. con ilustraciones de las distintas clases.

²¹ “Conchites” es un término que había sido empleado por el suizo Gesner; cito por el ejemplar ligeramente expurgado de la Biblioteca Nacional de España (3-12.784), Conradi Gesneri, *De omni rerum fossilium lapidum et gemmarum*, Tiguri, Iacobus Gesnerunt, 1565, f. 28 v (encuadernado con portada y numeración diferentes junto a *De omni fossilium lapidum et gemmarum*, Tiguri, Cum gratia & Privilegio S. Caesa. Maiestatis ad annos VII, 1565). Gesner era conocido en la época, lo citan, por ejemplo, Lope y Gracián; Lope de Vega, *La Dorotea*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia, 1968, p. 319, y nota 73 (Acto IV, escena II); Baltasar Gracián, *El Criticón*, ed. Barcelona, A. Prieto, Planeta, p. 211 (II,2).

completos de bivalvos como impresiones o moldes²²: “Algunas tengo en mi poder en que se ven conchas mayores, medianas y más pequeñas, impressas unas por su parte concáva y otras por la convexa, con perfectísima delineación de las más mínimas de sus señales”²³.

Se detiene en el proceso de fosilización, que, a diferencia de lo expresado por Torquemada, habría tenido lugar gracias al “jugo petrífico”, el cual “embebiéndose en sus poros [de los huesos] lo convirtió todo en piedra [...]”²⁴. Es decir, que como Laguna, se refiere a la materia y a la cualidad porosa.

Pero cuando llega al problema del origen considera que las “conchites” son piedras, no restos orgánicos; Barba no quiere conceder que proceden de una zona donde en un tiempo remoto hubiera habido mar, opinión según él del pasado, mientras que “oy no tiene lugar este modo de pensar”, puesto que la perfección de esas piedras “a otro que al Autor de la naturaleza le fuera imposible el estamparlas”; siente que el argumento es algo endeble, y añade que “fuera locura pensar” que hubiera habido mar “en el corazón de la tierra firme, y más doblada y montuosa de este Reyno”²⁵. No está claro a qué pasado se está refiriendo Barba, que no cita en este caso autoridad alguna, pero se pueden adelantar algunas suposiciones. Los autores clásicos pensaban que se había producido una transformación en la orografía de la tierra, entre ellos, por citar un escritor muy conocido en los Siglos de Oro, Ovidio, que en las *Metamorfosis* hace decir a Pitágoras que ha visto tierras donde antes hubo mar y conchas lejos de las aguas²⁶; de modo que Barba podría estar oponiéndose a tales autores; por otro lado, hubo voces en los Siglos de Oro que compartieron esas ideas clásicas, a las que luego me voy a referir, y Alonso Barba tal vez está rechazándolas; si fue así muestra que estaba muy al tanto de las nuevas corrientes; esas nuevas corrientes fueron mantenidas en ocasiones por no católicos, lo que explicaría la absoluta negativa de Barba, así como su desdén al hablar de que tales razonamientos son del pasado. En todo caso, se advierte el pensamiento contradictorio de Barba; por un lado parece encontrarse a disgusto en un mundo que puede cambiar su configuración, y, por otro, rechaza una explicación religiosa, aunque no racionalista, como la del diluvio, al que no alude cuando habla de las conchites²⁷.

²² Para la diferenciación entre fósiles auténticos y moldes, B. Meléndez, *Paleontología*, I, pp. 16 y ss.

²³ A. Alonso Barba, *Arte de los metales*, p. 32.

²⁴ A. Alonso Barba, *Arte de los metales*, pp. 31-2.

²⁵ A. Alonso Barba, *Arte de los metales*, p. 32.

²⁶ Ovidio, *Metamorfosis*, ed. Consuelo Álvarez y Rosa M^a Iglesias, Madrid, Cátedra, 1995, XV, vv. 260 y ss. Para éste y otros textos similares de la Antigüedad, puede verse Adrienne Mayor, *El secreto de las ánforas. Lo que los griegos y romanos sabían de la prehistoria*, Barcelona, Mondadori, 2002, pp. 321-343.

Durante los Siglos de Oro los fósiles se utilizaron en la cosmética, así como en la medicina. Así ocurrió probablemente con el ámbar, citado por ejemplo en *La Celestina*²⁸, aunque al encuadrar diversas sustancias en el término “ámbar”, no está claro cuando se están o no refiriendo al fósil. Laguna tenía en su poder ámbar en el que había animales (mariposa y mosquito), pero no afirma de forma taxativa que se trate de resina²⁹.

Puede también que se hable de fósiles en los libros de magia. Martín del Río en *Disquisitionum magicarum. Libri sex*, alterna entre considerar que dentro de las piedras pueden aparecer seres vivos por obra del demonio, y pensar que efectivamente pueden nacer en una materia pétreo; acude a casos contados por otros, aunque a veces se deja entender que él los habría visto: “Es como lo que se ve en las minas de Lieja, donde a veces se han encontrado helechos gigantes, con sapos vivos en su interior, como en su natural criadero”³⁰.

Entre las que en el pasado se consideraban piedras se han localizado fósiles; aquí me voy a referir únicamente a las glosopiedras y las piedras de Judea.

Las glosopiedras eran conocidas desde antiguo; pero en 1565 Conrad Gesner las aproximó a los dientes de tiburón, según se terminó probando en 1666, al comparar efectivamente Niels Stensen las glosopiedras con un verdadero diente de tiburón³¹. A las glosopiedras se refirió, por ejemplo, Gaspar Morales en el *Libro de las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas*; las llamó “glossopetras” y citó con profusión el libro de George Agricola³² y a Plinio,

²⁷ Sobre los problemas que el aspecto del arca de Noé provocaba, puesto que debía albergar todas las especies conocidas, A. Mayor, *El secreto de las ánforas*, p. 394.

²⁸ Francisco de Rojas, *La Celestina*, ed. Peter E. Russell, Madrid, Castalia, 1991, p. 245 (I, 7), donde no se especifica, como tampoco en *Manual de mugeres en el qual se contienen muchas y diversas rezeptas muy buenas*, ed. Alicia Martínez Crespo, Salamanca, Universidad, 1995, pp. 37, 62, 71. En el texto catalán de otro manual se lee solamente “ambar”, es la traducción moderna la que supone “ámbar gris”; *Flor del tesoro de la belleza*, ed. Teresa Vinyoles, Barcelona, José J. de Olañeta, 1981, pp. 26 y 29.

²⁹ A. Laguna, *Pedacio*.

³⁰ Martín del Río, *La magia demoníaca*, trad. y ed. de Jesús Moya, Madrid, Hiperión, 1991, p. 305 (Libro II, 14). El editor cita en nota el sapo de Mexia.

³¹ Peter Dodson, “Prólogo. Piedras, huesos y criaturas exóticas del pasado”, en A. Mayor, *El secreto de las ánforas*, pp. 10-11; A. Mayor, p. 357. Martin J. S. Rudwick, *El significado de los fósiles: episodios en la historia de la paleontología* [1972], Madrid, Hermann Blume, 1987, pp. 19 y ss, y 75 y ss. Puede verse C. Gesner, *De rerum fossilia*, f. 157 v. (“dentis piscis Lamiae”), con xilografías. Fósiles de dientes de tiburón en J. A. S., *Guía de campo*, pp. 672-5; B. Meléndez, *Paleontología*, 2, pp. 109-112 (p. 112 fotografía de diente de seláceo hallado en Mallorca).

³² Georgii Agricola, *De natura fossilium*. Libri X, Basileae, Hieronymum Frobenium, 1546, pp. 263, 304 (“glossopetra”).

aunque no a Gesner, y al describir las glosopedras las compara con la “lengua de un pez o de un grajo”, pero no con los dientes de tiburón³³.

Laguna no dice nada de la forma de la piedra de Judea, aunque en su libro se podía leer la traducción de la descripción de Dioscórides.³⁴ Morales, por su parte, se sorprende de la piedra de Judea, a la que describe sin precisar ninguna fuente: “Tiene unas líneas tan curiosamente puestas, y por defuera unas espinas, que es cosa admirable”³⁵. Recoge Mayor la hipótesis de que la piedra de Judea tal vez fuese un equinoideo³⁶, según se aprecia en la descripción de Dioscórides, aunque ateniéndose sólo a la de Morales podría tratarse asimismo de algún otro fósil, por ejemplo un trilobites³⁷.

No hay que olvidar, por otro lado, que se habló asimismo de colmillos petrificados, por ejemplo en Laguna³⁸.

2.- Sobre huesos de gigantes

Además de cosas encerradas en piedras, en los Siglos de Oro se habló de “huesos de gigantes” y “muelas de gigantes”, en la misma línea de lo que se venía haciendo desde la Antigüedad. Se consideraba que los hombres habrían tenido en el pasado una estatura muchísimo mayor y desde entonces habrían ido decreciendo, aunque en ocasiones los autores ofrecían ejemplos contemporáneos de hombres muy elevados. En prueba de la existencia de esos individuos se alegaban diversas autoridades. Se podía aducir el diluvio como explicación para las alteraciones producidas, pero no únicamente.

³³ Gaspar Morales, *Libro de las virtudes y propiedades maravillosas de las piedras preciosas*, Madrid, Luis Sánchez, 1604, f. 330 r (330 r-332 r.). En la traducción que se había hecho de Solino, por el contrario, se decía que caía de la luna (opinión que niega Morales) y que tenía forma de lengua humana; Solino, *De las cosas maravillosas*, Sevilla, Alonso Escribano, a costa de Andrea Pescioni, 1573, f. 104 v.

³⁴ A. Laguna, *Pedacio*, II, p. 562 (Libro V, cap. CXII, *De la piedra Iudaica*).

³⁵ G. Morales, *Libro de las virtudes...*, f. 233 r.

³⁶ A. Mayor, *El secreto de las ánforas*, p. 325. Para la piedra judaica, G. Agricola, *De natura*, pp. 260-1 (“*lapis Iudaicus*”); C. Gesner, *De omni rerum fossilium*, f. 28v., con xilografías que aproximan la piedra a un equinoideo. Para los equinoideos, B. Meléndez, *Paleontología*, I, pp. 658 y ss. Para equinoideos fósiles de España, J. A. S. Gómez-Alba, *Guía de campo*, pp. 588 y ss.

³⁷ Pueden verse trilobites similares a la descripción de Morales, originarios de España, en J. A. S. Gómez-Alba, *Guía de campo*, pp. 566-7 (lámina 280, números 9 y 11). Para los trilobites en general, B. Meléndez, *Paleontología*, I, pp. 500 y ss. (p. 504 para los apéndices, que podrían ser las “espinas” de Morales).

³⁸ A. Laguna, *Pedacio*, I, 1968, p. 153 (Libro II, Cap. L, *Del marfil*); Laguna se refiere al “marfil mineral”. Gesner, por su parte habla de “*cornua fossilia*” (C. Gesner, *De rerum fossilia*, f. 154 v y ss). Sobre defensas fósiles de elefantes, B. Meléndez, *Paleontología*, 3, volumen 2, Madrid, Paraninfo, 1995, p. 314, p. 315 (fotografía), aunque podrían tratarse de las de otros mamíferos con defensas.

En el Tratado primero del *Jardín* los contertulios hablan largamente de estas cuestiones. Se mencionan varios huesos, los de Orestes, Orión, Ocio, Anteo, Palante, el gigante de Sicilia de Boccaccio y los restos de San Cristóbal³⁹. Para ser creídos alegan una serie de autoridades: Josefo, Solino, Antonio Sabelico, Fray Jacobo Filippo de Bérnago, Sinforiano Campegio, Boccaccio, Juan Pio Bonaniense, San Agustín, y, por último, las Sagradas Escrituras. No todos los autores son de primera mano, aunque Torquemada no oculta la procedencia; así, en relación con Sinforiano Campegio se cita a Boccaccio, Juan Pio Bonaniense y San Agustín.

Resulta interesante destacar que en cierto momento del diálogo Antonio, con algún escepticismo, considera que son necesarias tantas autoridades para poder creer tales cosas, y al contarse la historia del gigante de Sicilia presenta el diluvio, aunque con muchas reticencias, pero no como explicación sino como límite temporal:

Bien ha sido necesario alegar los autores que decís, para que nosotros y también todos lo que lo oyeren puedan dar crédito a una cosa que tan fuera va de todos los límites de la razón y de naturaleza; porque no hay otra escritura, ni se ha visto ni oído otra grandeza semejante; y si eso es verdad, creería yo que ese cuerpo quedó allí sepultado antes del diluvio, que en aquella primera edad del mundo los hombres debían ser mayores [...] ⁴⁰

“Creería yo”, “debían”, son las fórmulas empleadas por el interlocutor para introducir la duda tanto sobre el momento en que quedaron enterrados los huesos, como sobre la misma existencia de gigantes, pero las reticencias afectan también al propio hallazgo: “y si eso es verdad”; en alguna otra ocasión en el *Jardín* se señala sólo que los restos “parecen de gigantes”⁴¹.

Torquemada sigue evidentemente un orden en la disposición de los huesos de gigantes. Primero se refiere a restos de figuras mitológicas (Orestes, Anteo...), luego pasa a casos más recientes, basándose sobre todo en Sinforiano Campegio, y, aunque ya ha mencionado Valencia, se centra al final en lo hallado en España, San Cristóbal y los restos de los combatientes en la batalla de Roncesvalles. El conjunto resulta pues muy variado y todos los elementos terminan compartiendo algo de su historicidad, pero también de su carácter legendario.

³⁹ Son gigantes sobre los que ya se había hablado antes, puede verse ejemplos en A. Mayor, *El secreto de las ánforas*, p. 337 (Orión), p. 328 y 342 (Orestes), p. 323 (Palante), etc. ; sobre Boccaccio y los de San Cristóbal véase más adelante.

⁴⁰ A. de Torquemada, *Jardín*, pp. 156-7. Está hablando de lo que se dice en el *Hortus Gallicus*, y en concreto del gigante de Boccaccio.

⁴¹ A. de Torquemada, *Jardín*, p. 158.

Torquemada no recurre exclusivamente a fuentes escritas, apela asimismo a comunicaciones orales, muy genéricas, “me dicen”, “he yo oído decir” o “yo digo lo que me contaron”⁴², sin dar el nombre del informador; resulta, pues, importante que nos detengamos en el único resto que se dice haber contemplado directamente; es cierto que se alude asimismo a la “la medida de una canilla de pierna”⁴³, que se correspondería con uno de los restos de Roncesvalles, pero Antonio no ha visto la pierna.

No ocurre lo mismo con San Cristóbal. Primero se afirma que el gran tamaño del santo se puede deducir de “un colmillo suyo, que me dicen que está en la iglesia de Coria”, pero aquí nos movemos todavía en terreno ajeno. Cuenta luego Antonio que ha visto una “quijada” de San Cristóbal, que se encontraría en Astorga:

y a la parte de una quijada, que está en la iglesia de Astorga y tiénela por muy preciosa reliquia, la cual yo he visto muchas veces, no podía dejar de ser tan grande como una muy alta torre. Porque la muela entera es tan grande como un puño de un hombre, cerrado, y proporcionando todo el cuerpo conforme a ella o conforme a la parte de la quijada, viene a ser tan grande, que pone admiración a los que lo están considerando.⁴⁴

No está muy clara la descripción de la quijada (“y a la parte de una quijada”), de modo que no se sabe si estaba completa o sólo era un fragmento; por otro lado, se habla a la vez de “quijada” y de “muela”. Da pruebas que pretende objetivas: teniendo en cuenta el tamaño de la parte se puede deducir el del todo. El procedimiento para medir se venía siguiendo desde la Antigüedad, al igual que la comparación con otro objeto, en este caso con una torre⁴⁵. Quiero destacar que le interlocutor no se implica con quienes apoyan la condición sagrada del objeto: “y tiénela por muy preciosa reliquia”.

San Cristóbal fue en ocasiones considerado un gigante; Santillana lo llamó “jayán”, mientras que Pacheco negó en *El arte de la Pintura* que se tratara de un gigante⁴⁶. Por otro lado, los restos de San Cristóbal ya habían surgido en las letras españolas. Valdés, para criticar el uso indiscriminado de las reliquias, se había referido en el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* a unos

⁴² A. de Torquemada, *Jardín*, p. 158.

⁴³ A. de Torquemada, *Jardín*, p. 158.

⁴⁴ A. de Torquemada, *Jardín*, p. 158.

⁴⁵ A. Mayor, *El secreto de las ánforas*, p. 330 (para el sistema de medir), p. 368 (comparaciones).

⁴⁶ Marqués de Santillana, *Poesías completas*, I, ed. Manuel Durán, Madrid, Castalia, 1982, p. 331 (soneto en pp. 330-1, “Leño felice, quel gran poderío”). Francisco Pacheco, *El arte de la Pintura*, ed. Bonaventura Bassagoda i Hugas, Madrid, Cátedra, 1990, p. 679 (Cap. XIV).

imaginarios “zapatos de Sanct Cristóbal” a los que se rezaría con más devoción que al Sacramento⁴⁷. Pero, además, cabe la posibilidad de que Torquemada esté siguiendo a Vives sin decirlo.

Para ver el proceso de imitación hay que remontarse primero a San Agustín. En el capítulo IX del libro XV de la *Ciudad de Dios* San Agustín afirma haber visto, en compañía de otros, un molar humano enorme:

Vidi ipse non solus, sed aliquot mecum in Vticensi litore molarem hominis dentem tan ingentem ut se in nostrorum dentium modulos minutatim concideretur, centium nobis videretur facere potuisse. Sed illum gigantis alicuius fuisse crediderim⁴⁸

Mexía, al hablar de los huesos de gigantes, recogió este lugar de San Agustín⁴⁹, resumió el texto del obispo de Hipona e identificó correctamente que pertenece al libro XV de la *Ciudad de Dios*, pero tampoco citó a Vives.

Torquemada conocía entonces la alusión, al menos por parte de Mexía. En el *Jardín*, por lo demás, se nombra la *Ciudad de Dios* de San Agustín, pero no en relación con San Cristóbal. La mención al obispo de Hipona se efectúa cuando se está considerando el libro *Hortus Gallicus* de Sinforianio Campegio (Symphorien Champier). Torquemada utiliza de forma muy precisa ese libro: Champier ve cerca de Valencia los huesos de un gigante, se refiere a Juan Pío Bononiense, que habría contemplado una muela cerca de Cartago, y cuyo texto cita; después añade Torquemada, “de esta misma muela hace mención San Agustín en *De Civitate Dei*”⁵⁰, pero, a diferencia de Mexía, no da el número del libro; de Sinforianio Campegio había hablado antes, para recordar en ese caso a Boccaccio⁵¹. Es decir, da la impresión de que Torquemada ha consultado el

⁴⁷ Alfonso de Valdés, *Diálogos de las cosas acaecidas en Roma*, ed. Rosa Navarro Durán, Madrid, Cátedra, 1993², p. 202.

⁴⁸ San Agustín, *De Civitate Dei. Libri XXII...Lodovicum Vivem illustrati*, Basileae, Hier. Frobenium et Nic. Episcopium, 1542, p. 821 (Libro XV, cap. IX). He utilizado el ejemplar ampliamente expurgado y falto de algunas hojas de la BNE, R- 37.627. Véase también más adelante.

⁴⁹ Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, ed. Antonio Castro, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 176-7 (I, 1). Sobre la predilección de Mexía por San Agustín, Isaias Lerner, “Textos canónicos, apócrifos y patristicos”, en *Edad de Oro*, VIII(1989), p. 151.

⁵⁰ A. de Torquemada, *Jardín*, p. 156. Symphorien Champier, *De gigantibus. Cap. IX, en Periarchon, en Hortus Gallicus*, Lvgdvni, in aedibus Melchioris et Gasparis Trechsel fratrum, 1533, p. 11 (Valencia), pp. 12-3 (Pío Bononiense), p. 11 y pp. 13-14 (San Agustín). La portada y la numeración son independientes en el *Periarchon*.

⁵¹ A. de Torquemada, *Jardín*, p. 156. S. Champier, *De gigantibus. Cap. IX, en Periarchon, en Hortus Gallicus*, p. 12; cita el texto de Boccaccio. Giovanni Boccaccio, *Genealogía de los dioses paganos*, ed. Consuelo Álvarez y Rosa M^a Iglesias, Madrid, Espasa Calpe, 1983, pp. 296-7 (Libro IV, 68).

*Hortus*⁵²; con respecto a San Agustín habría que considerar que asimismo pudo leerlo; en todo caso en la biblioteca de los conde de Benavente⁵³ había varias obras atribuidas a San Agustín y además Torquemada parece haberse inspirado en otros libros en la *Ciudad de Dios*⁵⁴. Hay que tener en cuenta, por añadidura, que Champier cita a San Agustín, pero en ningún momento se refiere a la muela que el obispo habría visto en Cartago, sino exclusivamente a la de Pio Bononiense.

Vives, al anotar el hallazgo de San Agustín, había afirmado haber visto él también un diente enorme, esta vez en Valencia, y de San Cristóbal: “Festo diui Christofori, cum salutatem issemus illum ad maximum urbis nostrae templ, ostensus est nobis dens molaris pugno maior, quem dicebant esse illius. Aderat mecum Hieronymus Burgarinus [...]”⁵⁵.

Torquemada no cita a Vives. Cabe la posibilidad de que Torquemada haya leído el comentario de Vives al texto de San Agustín, tanto por la coincidencia en el nombre del santo, como por el uso de comparaciones similares: en los dos casos se aproxima el diente al puño de un hombre. Cita además a Luis Vives en la Tabla de su *Jardín* y si había alguna edición de la *Ciudad de Dios* en la biblioteca de los Pimentel, puede, aunque son ya demasiadas suposiciones, que fuese la comentada por Vives. Sea como fuese, Torquemada separa la referencia a San Cristóbal, tanto del *Hortus Gallicus* como de la *Ciudad de Dios*, y la presenta como un comentario procedente de una contemplación directa y no de una lectura.

Abundan en los siglos de Oro menciones similares de huesos de gigantes, aunque aquí me voy a referir sólo a algunas.

En Covarrubias, por ejemplo, se halla una actitud cautelosa similar a la de Torquemada, según él hay huesos “tan disformes que parecen de gigantes”⁵⁶.

También en el terreno de la magia se discutió si los demonios podían crear gigantes. Martín del Río se muestra dudoso sobre ese asunto, pero afirma

⁵² Cita varias veces a Campegio, por ejemplo en A. Torquemada, *Jardín*, p. 128.

⁵³ M. Herrero García, “La biblioteca del conde de Benavente”, en *Bibliografía Hispánica*, 2(1942), pp. 18-33. Asimismo, James Harold Elsdon, *The Library of the Counts of Benavente*, Annapolis, 1995 (texto mecanografiado), pp. 28, 30 (Inventario de 1633, San Agustín), 23 (Inventario de 1443, San Agustín).

⁵⁴ Lina Rodríguez Cacho, *Pecados sociales y literatura satírica en el siglo XVI: los Colloquia de Torquemada*, Madrid, Universidad Autónoma, 1989, p. 233.

⁵⁵ San Agustín, *De Civitate Dei. Libri XXII*, p. 822 (Libro XV, cap. IX). Vives cita además los restos de Orión y Orestes.

⁵⁶ Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Martín de Riquer, Barcelona, AltaFulla, 1989, p. 667b.

con rotundidad que los gigantes han existido; proporciona diversos ejemplos, entre ellos los dientes de cíclopes sicilianos (en relación a los cuales cita a Boccaccio), así como el molar de San Agustín; añade a su argumentación su propia experiencia: el diente de un supuesto gigante hallado en Amberes⁵⁷.

Los humanistas se cuentan por carta hallazgos extraordinarios; así, hacia 1606, Pablo de Céspedes le escribe a un amigo suyo sobre los supuestos restos de un hombre grande, en este caso Asdrúbal⁵⁸.

Tales hallazgos se reseñaban entre los sucesos que se consideraban importantes; así en los *Casos notables de la ciudad de Córdoba* se dice que “hay muchos huesos y calaveras de mucha grandeza que sobrepujan a los que ahora vemos”⁵⁹.

Formaron parte de los objetos de las bibliotecas y de los gabinetes de cosas maravillosas. Paéz de Castro decía que en las librerías antiguas había “huesos grandes, que llaman de gigantes”⁶⁰, y en la colección de Lastanosa supuestamente habría huesos de Caco, muelas y huesos de gigantes, etc.⁶¹.

Sicilia, mencionada por Torquemada en relación a Boccaccio, surge frecuentemente en la literatura de los Siglos de Oro. Recuerdo aquí solamente la estrofa 4 del *Polifemo* de Góngora:

Donde espumoso el mar siciliano	25
el pie argenta de plata al Lilibeo	
(bóveda o de las fraguas de Vulcano,	
o tumba de los huesos de Tifeo) [...] ⁶²	

Pero puede que los huesos de gigantes fuesen algo diferente. Diversos investigadores nos han hecho ver con otros ojos las afirmaciones sobre esos mismos elementos. Ya Arco y Garay al referirse a las muelas de gigante de

⁵⁷ M. del Río, *La magia...*, pp. 323-5.

⁵⁸ *Carta de Pablo de Céspedes a un humanista amigo suyo sobre el estudio arqueológico de un sepulcro de Almuñécar*, en Jesús Rubio Lapaz, *Pablo de Céspedes y su círculo. Humanismo y Contrarreforma en la cultura andaluza del Renacimiento al Barroco*, Granada, Universidad, 1993, p. 297.

⁵⁹ *Casos notables de la ciudad de Córdoba (¿1618?)*, ed. Ángel González Palencia, Ed. Francisco Baena Altolaguirre, Montilla, 1982², p. 151.

⁶⁰ J. Paéz de Castro, *Memoria*, p. 53.

⁶¹ R. Arco y Garay, *La erudición aragonesa*, pp. 246 y 270.

⁶² Dámaso Alonso, *Góngora y el Polifemo*, Madrid, Gredos, 1980, 1ª reimprisión, III, p. 51.

Lastanosa se preguntaba en 1934: “¿Serían del elefante primigenio?”⁶³. Bermudo Meléndez ha señalado que la figura del cíclope de un ojo podría ser una confusión de los griegos antiguos al ver fósiles del elefante enano de Sicilia⁶⁴. Según Adrienne Mayor los escritores clásicos se estarían refiriendo al hablar de huesos de gigantes a ciertos fósiles, que también representaban en vasijas, como la del monstruo de Troya, conservada hoy en el Museo de Artes Decorativas de Boston⁶⁵. La abundancia de supuestos dientes de gigantes podría deberse a que los dientes fósiles de mamíferos se conservan con más profusión que otras partes⁶⁶. Y tal vez a ellos pertenecerían el “colmillo”, la “quijada” y la “muela” de Torquemada⁶⁷.

Fue sobre todo Georges Cuvier el que cambió los estudios de la paleontología. Cuvier indicaba que había referencias de los clásicos a fósiles de grandes vertebrados, los cuales fueron tomados por gigantes, entre ellos los de Sicilia y Orestes, y llamó la atención sobre la muela de San Cristóbal en Vives y las alusiones en los cronistas de Indias⁶⁸.

En los textos vistos del Siglo de Oro a lo sumo hay reticencias sobre la posible existencia de gigantes, y hay que calibrar si los restos de los que estaban hablando los habrían visto personalmente, o se fundamentaban en referencias librescas.

3.- Torquemada y Mexía

El capítulo XII del libro II de la *Silva de varia lección* de Mexía llevaba el título de “Do se cuentan algunas cosas muy estrañas que se hallaron en montes y piedras, que parece aver quedado desde el diluvio general o, a lo menos, su causa es muy obscura e incógnita”⁶⁹. Mexía se apoyaba fundamentalmente, como es su costumbre⁷⁰, en el testimonio escrito, y sólo al final del capítulo alude a lo que él ha visto:

⁶³ R. Arco y Garay, *La erudición aragonesa...*, p. 343. “Mammuthus primigenius” es el nombre de un fósil de la familia *Elephantidae*, J. A. S. Gómez Alba, *Guía de los fósiles*, p. 718.

⁶⁴ B. Meléndez, *Paleontología*, I, p. 37.

⁶⁵ A. Mayor, *El secreto de las ánforas*, pp. 199 y ss, reproducida en p. 200.

⁶⁶ K. Beurlen y G. Lichter, *Fósiles*, p. 258.

⁶⁷ Sobre huesos de santos, A. Mayor, *El secreto de las ánforas*, p. 107.

⁶⁸ G. Cuvier, *Recherches*, T. II, pp. 2 y 44 y 48-9. Según Cuvier la muela de Vives sería el resto de un elefante fósil (II, p. 49). Sin embargo, Meléndez cita una serie de cronistas de Indias que se limitan a referirse a grandes restos de animales, B. Meléndez, *Paleontología*, I, p. 42.

⁶⁹ P. Mexía, *Silva de varia lección*, I, p. 606 (Libro II, cap. XII).

Yo he visto un mármol de jaspe, en el qual, atentamente mirando en la diversidad de colores y lo claro y oscuro dellas, yo vi y hallé cabezas humanas figuradas, y piernas y braços, y assí otras cosas que nascen como juegos y pasatiempos de naturaleza.⁷¹

Al contrario que Torquemada no localiza dónde ha visto la piedra, se trata de algo difícil de distinguir (“atentamente mirando”) y de seres humanos; Mexía insiste en el carácter de ficción, no hay pues realmente ninguna parte del cuerpo humano, sino “juegos y pasatiempos de la naturaleza.”

Mexía presenta una serie de casos, algunos realmente maravillosos: madera dentro de una piedra, diamante tallado contenido dentro de un trozo de mármol, barco enterrado en una montaña suiza, piedras en las que encontraron animales vivos, o de dónde brotaba aceite, piedras esculpidas por obra de la Naturaleza. Se advierte que Mexía ha ordenado los hallazgos; en un primer grupo coloca los que podemos suponer obra del hombre (madera, diamante, barco), luego los sorprendentes (animales vivos y aceite), y por último los que él considera que han surgido de forma natural.

Alguno de los casos ofrecidos por Mexía podría corresponderse con algún fósil. El autor de la *Silva* recoge que Plinio afirma que en Paros se encontró una piedra de mármol que tenía “naturalmente esculpida, la ymagen de Sileno”⁷². Mayor se refiere a ese lugar de Plinio, y expone la posibilidad de que se trate del fósil de un pez, *Prolebias*⁷³.

La actitud de Mexía es cautelosa con respecto a los hallazgos en piedra; así en lo concerniente al aceite, comenta: “Lo cual, cómo aya podido ser encerrado allí, yo no lo entiendo ni osaría dezir parecer; el letor puede exercitar su ingenio en adivinarlo”⁷⁴. En algunos casos da el diluvio como explicación de lo que ha pasado, y aunque no se ha fijado en los restos fósiles semejantes a conchas hallados en las montañas, sí le han llamado la atención otros hallazgos: con respecto a un supuesto trozo de madera encerrado en piedra y encontrado en “una montaña alta sobre la mar, cerca de la ciudad de Nápoles”, dice:

⁷⁰ I. Lerner, “Textos canónicos...”. Lina Rodríguez Cacho, “Del silencio y la curiosidad sobre América en las misceláneas”, en *Edad de Oro*, X(1991), p. 169. Sobre el contraste entre Torquemada y Mexía, Asunción Rallo Grus, *Edad de Oro*, III (1984), pp. 163-4, Antonio Prieto, *La prosa española del siglo XVI*, Madrid, Cátedra, 1986, p. 256 y L. Rodríguez Cacho, “Del silencio...”, pp. 169 y ss.

⁷¹ P. Mexía, *Silva*, I, p. 609 (Libro II, cap. XII).

⁷² P. Mexía, *Silva*, p. 609.

⁷³ A. Mayor, *El secreto de las ánforas*, p. 374. Se trata de Historia natural, 36.14. Sobre sátiros supuestamente vistos en la Antigüedad y las falsificaciones que se hicieron de ellos, A. Mayor, *El secreto de las ánforas*, pp. 295-6. Para una reproducción del fósil, J. A. S. Gómez Alba, *Guía*, p. 685.

⁷⁴ P. Mexía, *Silva*, I, p. 607 (Libro II, cap. XII). Sobre animales vivos encontrados en piedras, p. 609.

Lo qual parece que no pudo ser sino que la tierra o agua mezclada que estava vezina [a] aquel madero se convirtió en piedra y lo incluyó y encerró en sí por todas partes; pero cómo pudo esto ser en parte do hombres no avían llegado y sin passar millares de años, parece muy difficultoso entenderse. Lo qual se podría creer aver sido causado de aquella inundación y diluvio universal de toda la Tierra, donde tanta confusión y mezcla hubo de todas las cosas.⁷⁵

Mexía, que sigue a Pontano, no explica de dónde procedía ese madero, y expresa bastantes dudas sobre el hecho, apelando al desorden del diluvio; no llega a inclinarse por ninguna solución definitiva al problema, aunque resulta interesante que insinúe la posibilidad de que hayan transcurrido “millares de años”, que era una de las condiciones que daba Laguna para ese mismo proceso.

Cuando habla del barco vuelve sobre el asunto en una explicación algo más larga:

De lo que esto vieron y supieron, dizen que juzgavan los más dellos aquella nao averla cubierto la tierra en aquella tormenta universal del diluvio, si antes dél hubo naos y navegación, que no ay por qué no se pueda creer, pues antes dél fueron halladas todas o las más de las artes; y otros hubo que les parecía que podían ser algún navío que la mar tragó y hundió, y que por las concavidades interiores de la tierra el agua lo metió en aquel lugar donde los tiempos y mudanças secaron la tierra, y se quedó allí plantado. Como quiera que ello aya sido, es cosa de grande admiración.⁷⁶

Da dos explicaciones Mexía, haciéndose eco de Bautista Fulgoso, una es la esperable del diluvio; pero la otra resulta muy sorprendente, puesto que, sin decir que no está hablando del diluvio, da a entender que ha habido otras transformaciones orográficas no dependiente de esa “tormenta universal”.

Con respecto a los huesos de gigantes Mexía, ya lo hemos visto, se limita a repetir lo dicho por San Agustín.

Si en este terreno comparamos lo hecho por los autores de la *Silva* y del *Jardín* podemos deducir algunas diferencias. Torquemada tiene muy presente que entra en el mismo terreno de Mexía, le cita varias veces⁷⁷, pero no, por ejemplo, en el caso de las cosas encerradas en piedras. El autor del *Jardín*, al revés que Mexía, insiste sólo en su propia experiencia y describe algo que le resulta más

⁷⁵ P. Mexía, *Silva*, I, pp. 606-7 (Libro II, cap. XII). Y de nuevo en p. 608 con respecto a un barco supuestamente hallado en Suiza, siempre a través de referencias de otros.

⁷⁶ P. Mexía, *Silva*, p. 606.

⁷⁷ A. de Torquemada, *Jardín*, p. 136 (Tratado primero), pp. 194-5 (Tratado segundo). Y en la Tabla, p. 100.

cercano en el espacio y en el tiempo, algo que otros pueden comprobar fácilmente y que no es tan sorprendente como un sapo vivo en el interior de una piedra. Adopta aquí Torquemada una actitud mucho más racionalista que Mexía. En todo caso la forma de referirse a la unión de los dos materiales es muy similar; “la tierra o agua mezclada que estaba vezina a aquel madero se convirtió en piedra y lo incluyó y encerró en sí por todas partes, dice Mexía; “que estando debajo de la tierra aquella piedra, la abrazó consigo, y, creciendo la dejó en el medio”, leemos en Torquemada.

Se advierte cómo Torquemada entra en polémica con Mexía. Antonio, por ejemplo, dice que Mejía habló de muchas cosas y otro interlocutor, Luis, le replica:

porque muchos autores escriben muchas y diversas propiedades, de las cuales recopiló algunas Pero Mejía, en un capítulo de la *Silva*, y porque en él las hallaréis cuando quisieréis leerlas, paréceme que será trabajo perdido tornarlas a referir, porque será gastar el tiempo en balde.

Luis. Si decís que recopiló algunas, luego bien me concederéis que sabéis que no son todas; y así, holgaría mucho que nos dieseis noticias de las que os pareciere que se olvidaron.⁷⁸

Antonio contesta con un “No creo yo que fue olvido ni ignorancia, sino que dijo lo que le pareció que era más principal y maravilloso”⁷⁹. Con esta negación hace surgir en realidad una serie de dudas en la mente del lector; se abre la posibilidad de que Mejía no conociese todo, fuese olvidadizo o careciese de la suficiente inteligencia como para darse cuenta de lo que era más importante. Antonio niega todas esas posibilidades, pero no deja de añadir nuevos casos a los contados por Mexía. Y, en ese sentido, supera al autor de la *Silva* puesto que, supuestamente, habría visto él mismo los gigantescos huesos de San Cristóbal, sino estamos ante una crítica de corte erasmista de las reliquias, y no hay que olvidar que las obras de Erasmo se encontraban en la biblioteca de los Benavente⁸⁰.

4.- Conclusiones

Se aprecia entonces la capacidad de observación de Torquemada frente a los recuerdos librescos de Mexía. El autor del *Jardín*, por lo demás, separa

⁷⁸ A. de Torquemada, *Jardín*, pp. 194-5 (Tratado segundo).

⁷⁹ A. de Torquemada, *Jardín*, p. 195 (Tratado segundo).

⁸⁰ J. H. Elsdon, *The Library...*, p. 31.

todas las afirmaciones sobre huesos de gigantes, del hueso del jardín del conde de Benavente, del que en ningún momento se deducen las proporciones y se considera de animal, no de ser humano. Torquemada muestra cierto racionalismo, por lo menos hasta donde los conocimientos científicos y las creencias religiosas se lo permitían, y en su tratamiento de las reliquias se percibe cierto erasmismo. El autor, por último, se encuentra en la avanzada de los estudios europeos, pues coincide con los que aseguraban que esas raras piedras contenían restos orgánicos.